



# Uno

**LOS DEDOS DE LOS PIES DE WINTER SE HABÍAN CONVERTIDO EN TÉMPANOS** de hielo. Estaban tan fríos como el espacio. Tan fríos como el lado oscuro de Luna. Tan fríos como...

—... grabaciones de seguridad lo captaron entrando al nivel inferior del centro médico a las 23:00 HUC...

El taumaturgo Aimery Park sonreía al hablar; la cadencia de su voz sonaba serena y mesurada, como una balada. Era fácil perder la noción de lo que estaba diciendo, fácil dejar que todas las palabras se confundieran y se volvieran borrosas. Winter encogió los dedos de los pies dentro de sus zapatos de suelas delgadas, temerosa de que se desprendieran si se enfriaban todavía más antes de que el juicio llegara a su fin.

—... estaba intentando interferir con uno de los vacíos actualmente almacenados...

Desprenderse. Uno a uno.

—... los registros indican que el niño vacío era hijo del acusado, capturado el 29 de julio del año pasado. Actualmente tiene catorce meses de edad.

Winter escondió las manos en los pliegues de su falda. Estaban temblando de nuevo. En los últimos días siempre parecía estar temblando. Apretó los dedos para mantenerlos quietos. Presionó las plantas de sus pies contra el duro suelo. Luchó por mantener nítida la imagen de la habitación del trono antes de que se disolviera por completo.

La vista era impactante desde el salón del trono, en la torre central del palacio. Desde su asiento, Winter podía ver el lago Artemisa, que reflejaba el palacio blanco, y la ciudad que se extendía hasta los confines del enorme domo transparente que los protegía de los elementos externos... o de la falta de ellos.

El salón del trono propiamente dicho había sido construido para que se extendiera allende los muros de la torre, de modo que al caminar más allá del borde del piso de mosaicos se llegaba a una cornisa de cristal transparente. Era como estar suspendido en el aire, a punto de precipitarse a las profundidades del lago en el cráter.

A la izquierda, Winter pudo distinguir las huellas de las uñas de su madrastra al clavarse en el apoyabrazos del trono, un imponente asiento labrado en mármol blanco. Normalmente su madrastra estaba tranquila durante esos procesos, y escuchaba pacientemente los juicios sin asomo de emoción. Winter estaba acostumbrada a ver las puntas de los dedos de Levana acariciar despacio el apoyabrazos pulido de su trono, sin prisa. Pero la tensión se había intensificado en el palacio desde que Levana y su séquito habían vuelto de la Tierra, y en meses recientes su madrastra había tenido más arranques de ira. Desde que esa fugitiva lunar –esa cyborg– había escapado de la prisión en la Tierra.

Desde que había comenzado la guerra entre la Tierra y Luna.

Desde que el prometido de la reina había sido secuestrado y a Levana le habían robado la oportunidad de ser coronada emperatriz.

El planeta azul estaba suspendido sobre el horizonte. Se veía como si alguien lo hubiese cortado perfectamente por la mitad. Había transcurrido poco más de la mitad de la larga noche en Luna, y la ciudad de Artemisa resplandecía por las luminarias azul pálido y el brillo de los vidrios de las ventanas. Sus reflejos danzaban sobre la superficie del lago.

Winter extrañaba el sol y su calidez. Los días artificiales de Luna nunca eran lo mismo.

–¿Cómo supo él de los vacíos? –preguntó la reina Levana–. ¿Por qué no creyó que su hijo fue asesinado al nacer?

Sentadas en el resto de la sala, en cuatro hileras escalonadas, estaban las familias. La corte de la reina. Los nobles de Luna que se habían ganado el favor de Su Majestad por su lealtad durante generaciones, su extraordinario talento con el don lunar o nada más por la suerte de haber nacido ciudadanos de la gran ciudad de Artemisa.

Luego, estaba aquel hombre, de rodillas junto al taumaturgo Park. Él no había nacido con tanta suerte.

Sus manos estaban juntas, suplicantes. Winter deseaba poder decirle que era inútil, que todos sus ruegos no servirían de nada. Sentía que podía ser reconfortante saber que no hay nada que se pueda hacer para evitar la muerte.

Aquellos que habían comparecido ante la reina habiendo aceptado su destino no parecían haberlo pasado tan mal.

Winter observó sus propias manos, aún aferradas a su vaporosa falda blanca. Vio que sus dedos también habían sido mordidos por la escarcha. En cierto modo era bonito. Relucientes, brillantes y *fríos, tan fríos...*

–Tu reina te ha hecho una pregunta –dijo Aimery.

Winter se sobresaltó, como si le gritaran a ella.

Concentrarse. Debía tratar de concentrarse.

Alzó la cabeza e inhaló.

Aimery vestía de blanco, por haber reemplazado a Sybil Mira como taumaturgo mayor de la reina. Los bordados de oro en su túnica resplandecían mientras caminaba alrededor del prisionero.

—Lo siento, Su Majestad —dijo el hombre—. Mi familia y yo le hemos servido lealmente durante generaciones. Soy conserje en la clínica y, veré, he escuchado rumores. No era asunto mío, así que nunca me importó, nunca presté atención. Pero... cuando mi hijo nació vacío... —gimió—. Él es mi *hijo*.

—¿No pensaste —dijo Levana con voz fuerte y nítida— que puede haber una razón por la cual tu reina decidió mantener a tu hijo y a todos los demás lunares sin don separados de nuestros ciudadanos? ¿Que contenerlos como lo hemos hecho puede tener un propósito, por el bien de *toda* nuestra gente?

El hombre tragó saliva con tanta fuerza que Winter pudo ver su manzana de Adán subir y bajar.

—Lo sé, reina mía. Sé que usted usa su sangre en algunos... experimentos. En sus laboratorios. Pero... pero usted tiene *muchos*, y él es solo un bebé, y...

—Su sangre no solo es valiosa para el éxito de nuestras alianzas políticas, algo que no espero que entienda un conserje de los sectores externos, sino que él también es vacío, y los de su especie han demostrado ser peligrosos e indignos de confianza, como recordarás por los asesinatos del rey Marrok y la reina Jannali, hace dieciocho años. ¿Aun así expondrías a nuestra sociedad a esta amenaza?

El hombre miraba enloquecido de miedo

—¿Amenaza, reina mía? Es un *bebé* —se detuvo. No parecía abiertamente rebelde, pero su falta de remordimiento no tardaría en hacer que Levana enfureciera—. Y los otros que vi en esos tanques... muchos de ellos eran niños. *Niños* inocentes.

La habitación se congeló.

Era claro que sabía demasiado. El infanticidio de vacíos se practicaba desde el mandato de la hermana de Levana, la reina Channary, después de que un vacío se había infiltrado en el palacio y había matado a sus padres. Nadie estaría complacido al saber que los bebés no habían sido asesinados, sino que en realidad estaban encerrados y eran usados como pequeñas fábricas de plaquetas.

Winter parpadeó, imaginando su propio cuerpo como una fábrica de plaquetas.

Bajó de nuevo la vista a sus dedos y miró que el hielo ya se había extendido a sus muñecas.

Eso no sería bueno para las correas transportadoras de plaquetas.

—¿El acusado tiene familia? —preguntó la reina.

Aimery movió la cabeza de arriba abajo.

—Los registros indican una hija, de nueve años de edad. Tiene además dos hermanas y un sobrino. Todos viven en el sector GM-12.

—¿Esposa?

—Muerta hace cinco meses, por envenenamiento por regolito.

El prisionero miró a la reina; la desesperación se acumulaba en sus ojos.

La corte comenzó a agitarse, sus vibrantes ropajes se movían y ondeaban. Este juicio ya había demorado demasiado. Estaban aburriéndose.

Levana se reclinó en el respaldo de su trono.

—Declaro culpable al acusado de intrusión e intento de robo contra la Corona. Estos crímenes son castigados con la ejecución inmediata.

El hombre se estremeció, pero su rostro se mantuvo suplicante, esperanzado. Siempre parecía que les llevaba algunos segundos entender semejante sentencia.

—Cada uno de los miembros de tu familia recibirá doce azotes en público, para recordar a todos en tu sector que no toleraré que mis decisiones vuelvan a ser cuestionadas.

La quijada del hombre se aflojó.

—Tu hija, cuando la encuentren, será entregada como obsequio a una de las familias de la corte. Allí le enseñarán la obediencia y la humildad que, claramente, no ha aprendido bajo tu cuidado.

—No, por favor. ¡Déjela vivir con sus tías! ¡Ella no ha hecho nada!

—Aimery, puedes proceder.

—*¡Por favor!*

—Tu reina ha hablado —dijo el taumaturgo Aimery—. Su palabra es definitiva.

Aimery sacó un cuchillo de obsidiana de una de sus mangas acampanadas y extendió la empuñadura al prisionero, cuyos ojos se habían agrandado históricamente.

La habitación se enfrió aún más. Winter notó que sus exhalaciones se estaban convirtiendo en nubes de cristales de hielo. Se abrazó con fuerza.

El prisionero tomó la empuñadura del cuchillo. Su mano estaba firme. El resto de él temblaba.

—Por favor. Mi niña... yo soy todo lo que tiene. *Por favor*, reina mía. ¡Majestad!

Levantó la hoja hasta su garganta.

Fue en ese momento cuando Winter desvió la mirada. Cuando siempre desviaba la mirada. Vio sus propios dedos esconderse en su vestido, sus uñas arañando la tela hasta que pudo sentir la punzada en sus muslos. Miró el hielo ascender sobre sus muñecas, hacia sus codos. Ahí donde el hielo la tocaba, su piel se adormecía.

Se imaginó dando una golpiza a la reina con esos puños de hielo macizo. Imaginó sus manos estrellándose en mil pedazos de estalactita.

Ahora el hielo estaba en sus hombros. En su cuello.

Aun sobre los chasquidos y el crepitar del hielo, escuchó la hoja cortar la carne. El borboteo de la sangre. Un atragantamiento apagado. El duro desplome del cuerpo.

El frío se había escabullido hacia el pecho de Winter. Apretó los ojos, recordando que debía mantener la calma, respirar. Pudo escuchar la voz firme de Jacin en su cabeza, sus manos sujetándola por los hombros.

*No es real, princesa. Es solo una ilusión.*

Normalmente le bastaba recordarlo para superar el pánico. Pero esta vez parecía estimular el hielo, que ya rodeaba sus costillas. Roía su estómago. Se endurecía sobre su corazón.

Se estaba congelando de adentro hacia afuera.

*Escucha mi voz.*

Jacin no estaba allí.

*Quédate conmigo.*

Jacin se había ido.

*Todo está en tu mente.*

Oyó las fuertes pisadas de las botas de los guardias al acercarse al cadáver. Cómo lo arrastraban hacia la cornisa. Cómo lo empujaban, y el distante sonido del cuerpo al chocar contra el agua.

La corte aplaudió con silenciosa cortesía.

Winter sintió que los dedos de sus pies se desprendían. Uno... a... uno.

–Muy bien –dijo la reina Levana–. Taumaturgo Tavalier, encárguese de que el resto de la sentencia se cumpla como es debido.

El hielo ya había avanzado hasta la garganta de Winter y estaba ascendiendo por su mentón. Había lágrimas congelándose dentro de sus conductos. Había saliva cristalizándose en su lengua.

Levantó la cabeza cuando una criada comenzó a limpiar la sangre

de los mosaicos. Aimery frotaba su cuchillo con un trapo. Su mirada se encontró con la de Winter y sonrió con mordacidad.

–Me temo que la princesa no tiene estómago para estos procesos.

Los nobles de la audiencia rieron con disimulo: la repulsión de Winter por los juicios era causa de hilaridad para la mayor parte de la corte de Levana.

La reina giró para mirarla pero Winter no pudo alzar la vista. Era una chica hecha de hielo y cristal. Sus dientes eran frágiles, sus pulmones estallarían con demasiada facilidad.

–Sí –dijo Levana–. Con frecuencia olvido que está aquí. Eres casi tan inútil como una muñeca de trapo, ¿cierto, Winter?

La concurrencia rio de nuevo, más alto esta vez, como si la reina hubiera dado permiso para mofarse de la joven princesa.

Pero Winter no podía responder a la reina ni a las risas. Mantenía la vista clavada en el taumaturgo, tratando de ocultar su pánico.

–Oh, no. No es tan inútil –dijo Aimery. Mientras Winter miraba, una delgada línea carmesí apareció a través de su cuello y la sangre borboteó por la herida–. ¿La chica más bonita de toda Luna? Algún día será la feliz novia de un miembro de esta corte, supongo.

–¿La chica más bonita, Aimery? –el tono ligero de Levana casi ocultó el gruñido subyacente.

Aimery hizo una rápida reverencia.

–Solo la más bonita, reina mía. Ninguna mortal puede compararse con su perfección.

La corte se apresuró a coincidir, ofreciendo un centenar de cumplidos al mismo tiempo, aunque Winter aún podía sentir sobre ella las miradas lascivas de más de un noble.

Aimery dio un paso hacia el trono. Su cabeza cercenada se inclinó, cayó con un golpe seco sobre el mármol y rodó, rodó, rodó hasta detenerse justo a los pies helados de Winter.



Aún sonreía.

Ella gimió, pero el sonido quedó sepultado bajo la nieve en su garganta.

*Todo está en tu mente.*

—Silencio —dijo Levana, una vez que terminó de recibir su cuota de alabanzas—. ¿Ya terminamos?

El hielo finalmente llegó a sus ojos y Winter no tuvo más alternativa que cerrarlos frente a la imagen de Aimery decapitado, encerrándose en el frío y la oscuridad.

Ella podía morir allí sin quejarse. Quedaría sepultada bajo esa avalancha inerte. Jamás tendría que presenciar otro asesinato.

—Hay otro prisionero que debe ser juzgado, reina mía.

La voz de Aimery hizo eco en la fría cavidad de la cabeza de Winter.

—Sir Jacin Clay, guardia real, piloto y protector designado de la taumaturga Sybil Mira.

Winter jadeó y el hielo estalló; un millón de afilados trozos volaron por el salón del trono y se deslizaron por el piso. Nadie más los escuchó. Nadie más se dio cuenta.

Aimery, con la cabeza bien puesta, estaba mirándola de nuevo, como si hubiera estado esperando ver su reacción. Esbozaba una sutil sonrisa de burla cuando devolvió su atención a la reina.

—Ah, sí —dijo Levana—. Tráiganlo.